

desaparecer en brevísimo plazo, condenado igualmente por el extranjero y por las personas que rodeaban al monarca. Indignábales á los realistas ver figurar en los consejos de Luis XVIII á Fouché el regicida, y Alejandro no perdonaba á Talleyrand ni la oposición que hizo á sus proyectos en el congreso de Viena, ni el tratado de tres de Enero. El diez y nueve de Septiembre, Fouché, despedido del gabinete, fué relegado á la embajada de Dresde, y el veinticuatro ofreció Talleyrand su dimisión, esperando que no le sería aceptada. «Si los ministros dimiten, elegiré otros», le contestó el Rey.—«Nos hemos engañado», decía á sus íntimos Talleyrand refiriéndoles la respuesta de Luis XVIII, cuya resuelta actitud le dejara estupefacto. Fuese, en efecto, disposición natural, fuese consecuencia del cansancio producido por su larga vida de pretendiente, el caso es que el monarca francés tenía escasísima afición á las cosas y trabajos del gobierno, cifrando su afán en que le permitiesen gozar tranquilamente el poder. Condenado á inacción física, á causa de la gota que le aquejaba, su espíritu estaba también como embotado, adaptándose perfectamente á sus hábitos perezosos un régimen político á la inglesa, en que, reinando y no gobernando, descargara todo el peso de los negocios en los ministros. Por otra parte, con su talento claro y escéptico, comprendía muy bien que era imposible intentar destruir en Francia ninguna de las instituciones fundamentales nacidas de la Revolución, sin jugarse la corona con muchas probabilidades de perderla, y precisamente, la idea de volver á empezar su vida errante de emigrado le horripilaba. «Tenía, escribe Thiebault, la firme voluntad de morir en el trono, y hallábase dotado de la necesaria prudencia y perspicacia para no quererlo en vano». Luis XVIII reunía mejores condiciones que nadie para que Francia pudiera ejercitarse, bajo su centro, en la aplicación del sistema parlamentario. Por desgracia, no estaba solo, ni podía seguir siempre libremente sus inclinaciones, y más de una vez cedió, por su amor al reposo, á las instancias violentas de parientes y servidores apasionados, cuya acción secundaba una cámara más parcial todavía, representación muy infiel de la verdadera opinión del país.

Entre los altos personajes de la monarquía restaurada, descollaba en primer término el conde Artois, inteligencia limitada, amante de todas las reacciones, que consideraba legítimas y posibles, príncipe que tenía su corte aparte, en el pabellón Marsán, y su ministerio de tapadillo, con el que, aconsejándose de los emigrados fanáticos, cuya esperanza era y que le acataban como rey, ejercía un poder oculto, entorpeciendo la marcha del gobierno. Al lado del conde de Artois, figuraba su hijo el duque de Angulema, que no carecía de recto sentido ni de buenas intenciones, pero tan tímido que parecía anonadado entre su padre y su mujer, cuyo ascendiente le dominaba y de quien compartía los sentimientos. La duquesa de Angulema era hija de Luis XVI y odiaba la Revolución: distinguíase por su carácter varonil y aprobaba las medidas enérgicas, mostrándose implacable con los enemigos de su familia; nadie persiguió con tanto encarnizamiento como

ella la condesa del mariscal Ney. En cuanto al otro sobrino del rey, el duque de Berry, muy entusiasmado con desempeñar su papel de general, prestaba poca atención á la política, y cuando se le ocurría emitir cualquiera opinión, hacíalo en forma tan destemplada y brutal que sus palabras causaban efecto contraproducente en el alma fría y bien equilibrada de Luis XVIII.

En torno de este estado mayor, agitábase el ejército, reducido en número, pero bullicioso é inquieto, de los realistas puros, los llamados *ultras*, que en dos ocasiones obtuvieron mayoría en la Cámara, merced á la falta de cordura de un sufragio harto restringido. Enfurecidos con la vuelta de Napoleón, Francia no era á su juicio sino un pueblo de traidores, cómplices todos «de la trama horrible»; y La Bourdonnaye, uno de los jefes del partido, expresaba con exactitud el modo de pensar de la agrupación entera cuando pedía «grilletes, verdugos y suplicios». No saciada la sed de venganza de los *ultras* con los procesos y asesinatos jurídicos de Ney, Labedoyere, los hermanos Faucher y otros, se restablecieron los tribunales prebostales. Los *ultras* no se contentaban con reprimir, querían reformar el espíritu de la nación «aplastando, como reclamaba Lamennais, aun en tiempos del Imperio, aquella filosofía que, después de asolar á Francia, destruiría el mundo si no se atajaban sus progresos»; pretendían someter la enseñanza al clero y sujetar á la prensa por medio de la censura y la autorización previa, y si no llegaban á solicitar la anulación de las ventas de bienes nacionales, defendían el derecho de los antiguos poseedores á ser indemnizados ampliamente. Acaudillaban á los realistas puros, además del citado La Bourdonnaye, Chateaubriand, Corbiere, Vitrolles y Villele; el teórico de la escuela era de Bonald. En la prensa contaban los *ultras* con ardientes paladines, como la *Gaceta de Francia*, el *Monitor* y otros. Estos intransigentes recibían gran fuerza de una sociedad secreta, de carácter religioso, denominada la Congregación, que había nacido en la época revolucionaria, extendido su influjo á la política durante el Imperio y cooperado al triunfo de la Restauración. En mil ochocientos catorce, los jefes de la sociedad revelaron al Rey su organización, por consejo del conde Ferrand. El canciller Dambray, primeramente, y á poco el conde de Artois y los realistas más furibundos ingresaron en la Congregación, de cuyo seno salieron los diputados elegidos en mil ochocientos quince, los hombres de la cámara *introuvable* (como no se hallaría otra), los representantes nombrados en mil ochocientos veintidós y los de la Cámara *reutrouvée* (vuelta á encontrar). El clero, identificando la causa del altar y del trono, se desvivía por servir á la reacción, siendo el proselitismo religioso una de las formas principales de la propaganda ultrarrealista. La obra de las Misiones de Francia, á que más tarde se agregó la obra de los Misioneros de la Fe, reorganizada en mil ochocientos catorce, inició, valiéndose de la predicación, una activa campaña que en más de un punto, como en Brest y en Clermont, por ejemplo, debía ocasionar trastornos bastante graves. Y de mayor eficacia todavía,

aunque menos ruidosa, era la sección continua, diaria, del clero parroquial, que anatematizaba las ideas modernas y negaba la absolución á los compradores de bienes nacionales.

A diferencia de los *ultras*, los realistas moderados sostenían la necesidad de aplicar lealmente la Carta, creyendo que podría encontrarse el medio «de hacer nacional la monarquía y monárquica á Francia», según la fórmula de Decazes. Había entre ellos antiguos emigrados, individuos que pertenecieran á las asambleas revolucionarias, jefes imperiales y funcionarios de los tiempos de Napoleón. Figuraban en este grupo hombres tan ilustres como Maine de Biran, Guizot, el duque de Richelieu, de Serre: Royer Collard, filósofo, orador y publicista, fué órgano doctrinal del partido y pronto se elevó á su jefatura. Se les calificaba de liberales, aunque más exacto hubiese sido llamarles liberales autoritarios, pues antepónían la voluntad del Rey al derecho de la nación. «El día en que el gobierno esté á discreción de la mayoría de la Cámara, el día en que se establezca de hecho que esta última puede rechazar á los ministros del Rey y nombrarle otros, tendremos que llorar la pérdida, no sólo de la Carta, sino también de la monarquía». Así se expresaba Royer Collard al discutirse la ley electoral de mil ochocientos diez y seis. El nombre de *doctrinarios*, con que generalmente se conoce á estos liberales moderados, lo debieron al afectado rigor de sus razonamientos y al tono dogmático de sus oradores y escritores más célebres. Tenían lucida representación en la prensa periódica y reclutaban casi todos sus adeptos entre la clase media acomodada, los industriales y comerciantes en gran escala, los abogados y la magistratura. Hasta mil ochocientos treinta, compusieron, con los *ultras* que gozaban de más favor entre los nobles de la provincia, los grandes propietarios terratenientes y sus colonos, la mayoría del cuerpo electoral.

Más allá del campo realista constitucional, encontrábanse los *independientes*. Formaban el partido más numeroso en el país, aunque en la Cámara de mil ochocientos quinientos fuesen los menos. No se conformaban con la Carta, deseando más libertades. Ostensiblemente, no perseguían otro fin que el desenvolvimiento de las instituciones constitucionales, pero si el duque de Broglie, el marqués de Chauvelin y Casimiro Perier casi se daban lo mano con los doctrinarios, en cambio muchos de ellos, como Laffila, Manuel, el general Foy y Lafayette, persuadidos de que los Borbones eran «incorregibles», tiraban á mudar de dinastía, fijando ya sus miradas en el duque de Orleans. Combatieron tenazmente todas las leyes excepcionales y se mostraron infatigables defensores de la libertad de imprenta, creando, en oposición á los centros de propaganda religiosa, la sociedad de los *Amigos de la Prensa*, que presidió el duque de Broglie. Entre las publicaciones periódicas llevaban la voz de los independientes la *Minerva*, dirigida por Manuel, y una revista titulada *Biblioteca Histórica*, *El Nacional* y *El Tiempo*, que también sustentaron las ideas de esta agrupación, no se publicaron hasta época muy posterior. Popularizaba la causa del partido el poeta republicano *Beranger*. y un folletista de relevante ingenio,

Pablo Luis Courier, acribillaba á sus adversarios con los dardos de su ironía. Los independientes eran enemigos formidables de los clericales, cuyas supercherías y manejos denunciaban al público; así, cuando iban misiones á alguna ciudad, ellos pedían en seguida que se representara en el teatro el *Tartuffe* de Moliere. Podía denominarse á los independientes el partido de la *bandera tricolor*, que era el lazo de unión de muchas personas de distintas procedencias y opiniones, como republicanos ó jacobinos, según se decía entonces, bonapartistas, oficiales del ejército á media paga, veteranos licenciados, patriotas exasperados con la invasión, obreros de las grandes poblaciones, estudiantes y no pocos jóvenes de la clase media, seducidos por la epopeya imperial.

Ejercía la jefatura de los independientes Benjamín Constant, «el maestro de la libertad», como él mismo se llamaba, por explicar á la nación francesa en folletos sus doctrinas, que pronto se convirtieron en dogmas del liberalismo: entre ellas figuraba el principio de la responsabilidad ministerial. En el parlamento, Benjamín Constant era uno de los oradores más temibles, por su dialéctica viva y nerviosa, su cáustica ironía, la variedad y riqueza de su argumentación y su sutil ingenio. Otro de los oradores de los independientes era Manuel, notable improvisador, aborrecido por la derecha de la cámara, cuyas muestras de odio recibía con serenidad inmutable y burlona. Manuel era el tipo de la clase media revolucionaria, enemigo implacable de los Borbones. De él ha escrito Cormenin: «Se ceñía astutamente á la Carta como una culebra que se enrosca á un árbol, al cual no le quedan sino los verdes y florecientes apariencias de la vida y cuyo tronco está herido de muerte en el corazón. La apretaba entre sus nudos, la estrujaba, quería á viva fuerza sacar de ella lo que nunca contuvo. Lafayette realzaba con su prestigio el del partido de los independientes; su optimismo, su liberalismo sincero, su consecuencia, le hacían acreedor al respeto universal». Lafayette y yo, había de decir posteriormente Carlos X, somos los únicos franceses que no han cambiado desde mil setecientos ochenta y nueve. Así como los clericales tenían la Congregación, los independientes organizaron la sociedad secreta de los *Carbonarios* imitada en Italia, si bien esto no tuvo efecto hasta mil ochocientos veintiuno. Los carbonarios conspiraban para derribar del trono á Luis XVIII. «La fuerza no es el derecho, se leía en el acta de fundación de la sociedad, y como los Borbones han sido traídos otra vez por el extranjero, los carbonarios se asocian para devolver á la nación francesa el libre ejercicio del derecho que tiene á elegir el gobierno que más le convenga.» La asociación se dividía en secciones, llamadas *ventas*, compuesta cada una de veinte individuos. Echó grandes raíces en las escuelas militares y el ejército; debió mantener relaciones con Manuel y Lafayette, y fué sin duda la inspiradora de los numerosos y malogrados complots militares de mil ochocientos veintiuno y mil ochocientos veintidós.

Según hemos dicho, Alejandro de Rusia estaba interesado en que se asegurara el or-

den político establecido en Francia, y como esto no era posible si los *ultras* que formaban la mayoría de la cámara *introuvable* conseguían imponerse á Luis XVIII, dábase el caso de que, mientras Tatistcheff en Madrid aparentaba no ver la absurda y atroz tiranía ejercida por Fernando VII, el embajador ruso en París, Pozo di Borgo, apoyaba á los defensores de los principios constitucionales y combatía á los adversarios de la Carta, y por esto, al serle aceptada á Talleyrand su dimisión el veinticuatro de Septiembre de mil ochocientos quince, fué llamado á dirigir los negocios el duque de Richelieu, liberal templado, como sabemos, y amigo personal del Czar. El duque de Richelieu no era amante entusiasta de la Carta, pero estaba convencido de que en este pacto se resumían todas las esperanzas de salvación que quedaban á los Borbones. Las leyes de excepción, las proscripciones, el *Terror blanco* le inspiraban graves temores acerca del porvenir de la monarquía restaurada. Los *ultras* y su jefe, el conde de Artois, tenían urdida una conjuración permanente contra el duque de Richelieu, cuya caída anhelaban, tachándole de jacobino; y únicamente por la intervención de los aliados, y sobre todo, de la corte de San Petersburgo, pudo el Duque, no sólo mantenerse en el ministerio, sino verse libre durante algún tiempo de los embates de sus porfiados enemigos. Luis XVIII, á instancia de Pozo di Borgo, ó advertido en muchas ocasiones por él de los peligros que corría su corona con la política insensata de la cámara *introuvable*, decretó, el cinco de Septiembre de mil ochocientos diez y seis, la disolución de esta asamblea. Las elecciones, verificadas por el mismo sistema que las anteriores, produjeron esta vez una cámara moderada y templada, en que el ministerio encontró el apoyo de una fuerte mayoría. El gabinete, donde ya Laine había reemplazado al activo pero no muy inteligente Vaublanc, se reforzó más aún en sentido liberal con la entrada de Gouvion de Saint-Cyr, de Molé y de Pasquier. Se votó otra ley electoral el cinco de Febrero de mil ochocientos diez y siete, la cual, fijando en trescientos francos la contribución que había de pagarse para tener el derecho de sufragio, y disponiendo que cada departamento eligiera todos sus diputados simultáneamente y por votos personales, abrió, sin que entonces nadie lo sospechase, una nueva era para Francia, porque entregó el poder legislativo á la clase media. Los *ultras* no renunciaron á sus esperanzas, viendo que se acercaba el término de la vida de Luis XVIII, circunstancia que atrajo á sus filas valiosos elementos, siendo entonces cuando se alistó definitivamente en ellas Chateaubriand, á quien el gobierno á consecuencia de su violentísimo folleto *La monarquía según la Carta*, había retirado los honores y sueldo de ministro. Este golpe convirtió al autor del *Genio del Cristianismo* en mártir y apóstol del partido reaccionario y en uno de los enemigos más peligrosos de los liberales. El ministerio Richelieu, sin embargo, no cejó en su obra reformadora, é hizo aprobar, el diez de Marzo de mil ochocientos diez y ocho, la ley reorganizando el ejército sobre el principio de la igualdad y del escalafón por antigüedad, que los aristócratas consideraron como un nuevo

despojo de sus privilegios. Por vía de recompensa expresa á la política prudente seguida por Richelieu, Alejandro recabó de las potencias que el ejército de ocupación se redujera á ciento veinte mil hombres, pudiendo ya prometerse el gobierno francés que el país no tardaría en verse libre de la presencia del extranjero.

La política de Alejandro, absolutista en España y constitucional en Francia, era atrevidamente liberal en otras partes. De ello lamentábase Metternich, cuyos planes contrariaba la conducta de un príncipe que, al decir del canciller de Austria, alentando el espíritu revolucionario, tenía, sin embargo, bastante sangre fría para no desencadenarlo sino en los países de sus adversarios. El Emperador de Rusia se vengaba de la oposición que Austria hacía á sus proyectos en Oriente, excitando contra ella los sentimientos populares en Italia y en Alemania. Los italianos habían saludado con alegría la desaparición del gobierno francés en su patria; pero el rumbo que á poco tomaron los sucesos les dió á conocer que con el cambio nada habían ganado, Napoleón les exigía enormes sacrificios, mas también les concedió bienes, que los pueblos no olvidan cuando después de gozarlos se les arrebatan, como por ejemplo, una administración ordenada, la igualdad ante la ley, un código civil apropiado á la época, la gloria de las armas y, lo que suelen estimar más todavía, la nacionalidad, siquiera fuese tan sólo en apariencia. Todo esto lo perdieron los italianos con el tratado de Viena, que restableció los pequeños reinos, ducados, principados y el poder de la Iglesia. Tal despedazamiento de la Península Italiana debía convertirlo, de igual modo que en siglos anteriores, en juguete de aquella potencia que estuviese en mejores condiciones para arrogarse la hegemonía sobre ella. A la sazón, esta potencia era Austria, dueña de Lombardía y de Venecia. La corte de Viena se apresuró á destruir en estas provincias las formas políticas del tiempo de Napoleón, y cuando trató de sustituirlas, imaginóse poder conciliar sus miras particulares con el cumplimiento de las promesas hechas á sus súbditos, erigiendo sus posesiones italianas en reino especial, mas sin bandera ni ejército propio, poniendo á su frente un virrey, que carecía de poder efectivo, y dotándole de asambleas representativas, que el gobierno austriaco componía á su antojo. No quedó en los territorios italianos adquiridos por Austria ninguna institución que limitara la omnipotencia absoluta del gobierno soberano, ni el emperador Francisco volvió á tomar el título de rey de Italia, expresamente para hacer olvidar mejor á los italianos su supuesta unión nacional y sus ideas constitucionales, ó como decía Metternich, para extinguir el espíritu jacobino y asegurar la tranquilidad en la Península.

Si había de consolidar su obra en esta última, necesitaba Austria subordinar á su esfera de acción á todos los príncipes italianos. Entre estos, había algunos que, estando unidos por los lazos de la sangre á los Habsburgos, debían resignarse con facilidad á ser sus clientes. En este caso se encontraba Francisco IV de Módena, Fernando III de Toscana y María Luisa de Parma. El primero se sometió espontáneamente al protectorado de